**Hacia una redefinición del “fascismo criollo”. Los comunistas argentinos en los inicios de la política del Frente Popular**

Gabriel Piro Mittelman

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

**Resumen**: En este trabajo analizaremos el impacto inicial de la política del Frente Popular, adoptada por la Internacional Comunista (IC) en 1935, sobre el desenvolvimiento del Partido Comunista argentino (PC). Particularmente nos detendremos en la transformación que adoptó su concepción de “antifascismo” a partir de la redefinición que realizósobre los actores sociales y políticos locales que, en su visión, encarnaban al fascismo local. Sostendremos que en su lectura sobre la estructura social local y los actores políticos involucrados en ella el PC presentó un escenario prácticamente invertido respecto al periodo de Clase Contra Clase, en tanto el sector “democrático” y “antifascista” incluyó desde conservadores hasta comunistas, mientras que el “polo fascista” (que antes incluía a radicales y socialistas rubricados como “social fascistas”) fue identificado con una fracción específica de la burguesía. Este punto de partida, sin embargo, no fue lineal sino que incorporó lenguajes y visiones residuales del periodo anterior expresando las tensiones y dificultades para asimilar el brusco cambio efectuado.

Vale señalar que el interrogante sobre esta etapa germinal de la política frentista resulta clave para el conjunto de nuestra investigación (que refiere a la etapa frentepopulista del PC desde 1935 hasta 1946) ya que implica detectar los elementos de transformación que se abren en este período y que sentaron los cimientos de una orientación que marcó una etapa en su desarrollo.

**Palabras Clave**: Partido Comunista – Frente Popular - Antifascismo- Partido Socialista- Unión Cívica Radical.

**1. Introducción**

Si Lenin había proyectado a inicios del siglo XX que la etapa del capital imperialista estaría marcada por crisis, guerras y revoluciones, la década de1930 concentró aquellos fenómenos en una escala nunca vista. La crisis iniciada con el derrumbe de la bolsa de Nueva York fue un parteaguas para las economías capitalistas. El ya inestable equilibrio entre las potencias heredado de la Primera Guerra Mundial entró en declive dando lugar a nuevas disputas geopolíticas. El ascenso de Hitler en Alemania reflejó la apuesta desesperada del capital monopolista alemán por salir de aquella crisis revirtiendo la derrota sufrida en la Primera Guerra Mundial y cristalizada en el orden europeo de Versalles. Esto significaba centralmente la preparación de una nueva conflagración mundial, cuyo advenimiento se transformó en el horizonte sobre el cual se proyectó la actividad política y diplomática internacional durante aquellos años. A su vez, este escenario fue la arena sobre la que se desarrollaron procesos revolucionarios e importantes luchas con protagonismo proletario, centralmente en Francia, España, Inglaterra y Estados Unidos, con un impacto global (Traverso, 2009).

Este fue el marco en el que la Unión Soviética de Stalin realizó un decisivo viraje en su política exterior. Si en los primeros meses tras el ascenso del Partido Nazi al poder el Kremlin esperó silenciosamente que las relaciones con el Estado alemán se mantuviesen estables, la firma del acuerdo germano-polaco, en enero de 1934, encendió las alarmas sobre la intención de Hitler de modificar sus fronteras hacia el Este. A partir de entonces, el gobierno soviético, en oposición a lo sostenido por los bolcheviques después de la Gran Guerra, adoptó una lectura positiva sobre los acuerdos de Versalles y sobre la Sociedad de las Naciones, a la cual ingresó en septiembre de aquel año. La firma del pacto franco-soviético y la visita del canciller inglés a la URSS sellaron este giro, que apuntaba a establecer un nuevo marco de alianzas a nivel europeo en el cual se frenase la expansión alemana (Hájek, 1984; Broué, 2007).

Pero estos cambios no se limitaron a la dimensión de las relaciones diplomáticas. A diferencia de los pactos de “no agresión” firmados por los bolcheviques en sus primeros años, aquellos acuerdos suponían establecer una relación de “neutralidad” con las potencias capitalistas que circunstancialmente coincidieran en contener el avance de Hitler. Esto significaba que el Kremlin y las instituciones que respondían a sus directivas, particularmente la Internacional Comunista (IC), no debían alterar el orden diplomático mediante acciones al interior de aquellos países que perjudicasen a sus aliados. La idea de una colaboración entre el movimiento obrero y sectores “democráticos” y “progresistas” de la burguesía, como fórmula de la política de Frente Popular, selló esta idea que fue aprobada en el VII Congreso de la IC. La misma se tradujo en una nueva lectura dicotómica de la realidad internacional, en la cual la oposición previa entre “fascismo y comunismo”, cedió paso a la de “fascismo y democracia”, colocando en este último término a muchos de los actores considerados fascistas o “socialfascistas” en la etapa anterior (De Felice, 1984).

La orientación de crear Frentes Populares implicó para los partidos comunistas, particularmente aquellos que actuaban en los países europeos, una doble misión. Por un lado debían fortalecer a aquellos sectores de la burguesía que garantizasen, desde la visión del Kremlin, cierta estabilidad en el escenario geopolítico europeo en cuanto al avance del nazismo, como sucedió en el caso francés, habilitando la recomposición del Partido Radical, debilitado por la oleada de huelgas que sacudieron Francia desde 1934. Por otra parte, debían cercenar toda tendencia a la acción revolucionaria que alterase aquel orden o que implicase un realineamiento de los países imperialistas en contra de la URSS, utilizando su gravitación en el movimiento obrero para garantizar esta perspectiva (Kriegel, 1968; Claudín, 1970; Moreno, 1973; Trotsky, 2013).

Teniendo en cuenta estos elementos, en esta ponencia analizaremos el impacto inicial de este viraje en el desarrollo del Partido Comunista argentino (PC), desde los meses previos a la adopción formal de la política frentista, en la Conferencia Nacional de Avellaneda realizada en octubre de 1935, hasta fines de 1936, cuando la dinámica política hacia las elecciones presidenciales de 1937 comenzó a alterar el escenario local. Resulta clave para ello detectar los elementos de transformación que se abren en este período, en tanto estos sentaron los cimientos de una orientación que marcó una etapa en el desarrollo del comunismo local. Nuestro foco de atención se posará sobre unaspectoparticular del desenvolvimiento del PC que permite detectar estos cambios: su interpretación sobre el fascismo y sobre la dinámica entre las clases sociales en Argentina.

Esta perspectiva requiere una consideración metodológica y una justificación. Si bien existe un consenso historiográfico respecto a señalar el año 1935 como un momento de viraje en la política comunista, no hay una explicación homogénea respecto a sus causas y los diversos factores que incidieron en la fisonomía que adoptó, cuestión que también constituye un debate en los estudios sobre el comunismo a nivel global (Anderson, 1984; Hobsbawm, 2000; Crespo, 2007; Traverso, 2009). Mientras algunas elaboraciones han puesto el énfasis en la imitación mecánica del PC respecto a las directivas del Comintern[[1]](#footnote-2), otras lecturas han colocado la mirada en variantes locales de más largo alcance para explicar las particularidades de su accionar en este periodo, tales como su asimilación de la cultura nacional (Cattaruza, 2008), la configuración de una sensibilidad política antifascista (Pasolini, 2016) o su incorporación en un proceso de institucionalización del movimiento obrero (Iñigo Carrera, 2000). Aquí propondremos una mirada complementaria y no excluyente de ambos enfoques. Esto es, sin dejar de tomar como un dato insoslayable la disciplina férrea del PC local respecto a las orientaciones trazadas por el Kremlin, señalaremos que incluso en un esfuerzo extremo por “aplicar la línea”, los obstáculos, tensiones y contradicciones que emergían de aquella acción suponían articular su práctica con un medio social específico que obligaba a interpretar, asimilar y “traducir” aquellas directivas al medio local.

Incluso adoptando literalmente las directivas cominternistas, que proyectaban una amenaza inminente de avance del fascismo en todo el mundo, el PC debió definir qué actores locales encarnaban aquella amenaza, cuáles no, y posicionarse frente acontecimientos que hacían a clarificar a qué refería la “lucha democrática”, como en el caso de las elecciones legislativas de 1935 y 1936. ¿Qué grupos y clases sociales encarnaban el problema del fascismo desde su lectura? Si Argentina era un capitalismo “atrasado” ¿Cómo se debía conjugar la lucha anti imperialista con la lucha antifascista? ¿Qué rol cabía a la clase obrera en esta orientación? Una mirada sobre estos interrogantes y los procesos de adaptación y asimilación en clave local de las políticas de la IC, permite alejarnos de lecturas lineales sobre el periodo y acentuar el análisis de las contradicciones, dificultades y tensiones que conllevaron estos giros, en función de darle densidad al análisis.

**2. Hacia una redefinición del fascismo y de la estructura de clases en Argentina**

El inicio de la década de1930 presentaba el panorama de una Argentina envuelta en una profunda crisis económica, política y social. El brusco descenso del precio de las materias primas había golpeado sobre el talón de Aquiles del modelo agroexportador (Korol, 2000), mientras que la relativa estabilidad institucional alcanzada tras los gobiernos radicales se quebraba con la “hora de la espada”, anunciada por Leopoldo Lugones y empuñada por José Félix Uriburu (Rouquié, 1985; Potash, 1981; Tato, 2004; Devoto, 2002). Para la clase obrera, la crisis significó un aumento de los despidos, un descenso en los salarios, un crecimiento de la pobreza y el debilitamiento de sus organizaciones producto de una feroz represión anclada en la Ley Marcial y la antigua Ley de Residencia. Fue la época de las deportaciones a Europa, los encarcelamientos en Ushuaia y las torturas de la Sección Especial de Represión al Comunismo dependiente de la Policía de la Capital Federal, por cuyos calabozos pasaron activistas obreros y de izquierda pertenecientes a diversas organizaciones.[[2]](#footnote-3) La represión estatal se complementó con la paramilitar llevada adelante por organizaciones como la Legión Cívica y otros grupos autodenominados nacionalistas, crecientemente identificados con el fascismo europeo (McGee Deutsch, 2003; Klein, 2002; Lvovich, 2003).

En ese marco el PC, pese a la clandestinidad, las persecuciones y el encarcelamiento de algunos de sus principales cuadros y dirigentes, logró sostener e incluso incrementar su influencia entre los trabajadores. Desde esa posición desarrolló durante los primeros años de la década una acción que combinó una fuerte combatividad en sus métodos de lucha con un intransigente sectarismo propio del periodo de Clase Contra Clase (Camarero, 2007; Camarero y Ceruso 2020). Esta orientación había marcado el desarrollo del comunismo internacional desde 1928 y en el plano local se reflejó en un hermético aislamiento del PC respecto al resto del arco político, incluyendo a las organizaciones obreras.

En términos generales esta política se sostenía en la idea de que la revolución en Argentina (al igual que en el resto de los países “atrasados”, según la caracterización de la IC) sería democrática-burguesa, anti feudal y antiimperialista. Esto significaba que sus tareas eran burguesas y que, a diferencia de lo sostenido por el trotskismo, su realización no se articulaba con la revolución socialista más que luego de un largo periodo, de una etapa de transición, durante la cual se debían desarrollar las fuerzas productivas que habilitasen dicho pasaje. Debido al rol reaccionario de la burguesía, sin embargo, esta tarea le correspondía al proletariado que podía contar con el campesinado como aliado, pero no con los sectores medios o la pequeño burguesía, que también era catalogada como reaccionaria. A su vez, en tanto caracterizaba que la tendencia internacional marcaba la inclinación de la burguesía hacia el fascismo, toda organización política o sindical que estuviese inserta en el régimen político burgués era o fascista o facilitadora de su acción, idea que fue rubricada con el término de “social fascismo” (Camarero, 2011).

De estas consideraciones se desprendía una lectura en la que la lucha contra fascismo era equiparable a la lucha contra la burguesía y su régimen, el cual fue indistintamente impugnado bajo la conducción radical y la uriburista. Al mismo tiempo suponía una concepción según la cual las organizaciones reformistas (particularmente el PS y la CGT) resultaban un obstáculo para aquella lucha y por ende el proletariado debía aislarse de su influencia, organizándose en su “partido de vanguardia”, el PC. En términos simplificados, se presentaba un escenario en el que la oposición entre “comunismo y fascismo” quedaba representada en un polo por el PC y sus seguidores, y en el otro por un amplio abanico de organizaciones que iban desde los grupos nacionalistas hasta las organizaciones reformistas (Pla, 1969).

Esta esquematización permite señalar el contraste abierto con el periodo del Frente Popular, ya que el mismo presentó un escenario prácticamente invertido, en el cual el polo “democrático” incluyó desde conservadores hasta comunistas, mientras que el polo fascista fue identificado con una fracción específica de la burguesía, como explicaremos más adelante. De ahí que la pregunta inicial para comprender el impacto del giro frentista en el PC local sea de qué modo cambió este su lectura del conjunto de la realidad política nacional, de sus clases sociales, sus actores, y fundamentalmente del “fascismo”, en tanto enemigo que ordenaba la definición negativa del campo “democrático”.

Vale mencionar que esta realidad tampoco se había sostenido inalterada desde 1930. El experimento corporativista del uriburismo no contó con sectores sociales relevantes que lo acompañasen y cedió su lugar al gobierno de la Concordancia encabezado por el ex ministro alvearista Agustín Justo (López, 2016). Este encarnó un gobierno representativo de los sectores tradicionales de la economía nacional, vinculados al capital británico, cuyo rasgo distintivo en lo político fue la aplicación sistemática del fraude electoral para sostenerse en el poder pese a la abstención del radicalismo en los primeros años de su gobierno. En el plano económico se caracterizó por la implementación de una política económica que combinó concesiones extraordinarias al capital extranjero y los sectores ganaderos, con ciertas políticas proteccionistas y sustitutivas de las importaciones producto de la crisis, que permitieron cierta recuperación de los niveles de actividad hacia el promediar de la década. En este marco, el fin de los intentos insurreccionales del radicalismo y su retorno a la actividad electoral en 1935, dotaron de cierta legitimidad al régimen que apostaba a una mayor estabilidad en los años siguientes (Persello, 2004; Luna, 2012).

Entonces, cuando el PC comenzó su viraje hacia una retórica de “defensa democrática” la situación institucional no era la misma que bajo el primer año de la dictadura uriburista. Paradójicamente, mientras en 1930 el PC se había delimitado del radicalismo irigoyenista por considerarlo reaccionario, ahora apostaba a tender puentes con el alvearismo, que parecía más dispuesto a un diálogo con el gobierno de Justo. En ese marco la idea de una “lucha anti fascista” y “democrática”, requería nuevas explicaciones sobre el tejido social local y una transformación en la apreciación sobre el “peligro fascista”.

Un elemento relevante para describir esta transformación es la relación más general que estableció el comunismo entre fascismo e imperialismo. En tanto el sistema de alianzas proyectado por la URSS suponía establecer unas distinción entre el imperialismo francés, inglés y alemán, lo que definiese específicamente a este último no podía ser la naturaleza clasista de su dinámica expansionista, que en definitiva era compartida por el resto de las potencias. La idea de una *pax*europea y una coexistencia con las potencias capitalistas (derivada de la idea del “socialismo en un solo país”), implicaba la hipótesis respecto a un imperialismo de ciertos márgenes definidos por la Primera Guerra Mundial que, excepto que se lo amenazase, no actuaría de forma agresiva. Por el contrario, el expansionismo alemán estaba impulsado por un sector de la burguesía alemana que había establecido un régimen totalitario opuesto a la democracia y al comunismo y que apuntaba a extenderse por todo el globo. Esto habilitó una definición “universalista” del fascismo, como un fenómeno asociado al totalitarismo, a la oposición a la cultura liberal democrática, al anti comunismo y al guerrerismo. De este modo sus rasgos podían hacerse presentes ya no solo en los países imperialistas sino en cualquier parte del mundo.[[3]](#footnote-4)

Esta idea tuvo consecuencias específicas para el comunismo latinoamericano. Si la revolución debía seguir siendo “democrático burguesa”, el imperialismo era un enemigo central a enfrentar, pero en tanto el fascismo era su faceta más peligrosa, se debían distinguir sus rasgos específicos en cada país. A su vez, en tanto existían clases y grupos sociales cuyos intereses fuesen opuestos a los del fascismo, podían establecerse alianzas con sectores que tuviesen un interés común en alejar aquella influencia. ¿Pero quienes eran estos aliados y como se justificaba que la amenaza fascista fuese tan grande como para ameritar unirse a ellos? Este fue uno de los interrogantes que atravesó a la Tercera Conferencia de los Partidos Comunistas Latinoamericanos en 1934 (Schelchkov, 2018), en la cual se evidenciaron las resistencias y dificultades para determinar las tareas de la nueva etapa. Allí se siguió hablando de una inminente crisis revolucionaria, incorporando la posibilidad de acuerdos con otras organizaciones “de izquierda”, como los partidos socialistas, pero interpretando esta conjunción desde la óptica previa de un “frente único por la base”, como lo expresó el dirigente argentino Rodolfo Ghioldi, dando cuenta de la inercia de las definiciones del periodo de Clase Contra Clase. Aún la idea de una alianza con sectores “progresistas” de la burguesía era confusa, al igual que la definición de qué era el fascismo y como debía identificárselo, como queda expresado en la prensa comunista de los primeros meses de 1935.[[4]](#footnote-5) La idea de una “toma del poder” por parte de la clase obrera seguía presente y por ende el régimen capitalista era el objetivo a desterrar, cuestión que aún era explicitada en los materiales de las campañas electorales.[[5]](#footnote-6)

Estas resistencias iniciales fueron clausuradas definitivamente en la dirección tras el VII Congreso de la IC, pero aquellos debates persistieron durante los años subsiguientes, expresando las dificultades para conjugar el aparto teórico, político y discursivo forjado en la etapa precedente. Por ejemplo, Luis Sommi señalaba en junio de 1936 que sectores del PC en Rosario se negaban “de forma sectaria” a actuar con las tendencias de izquierda presentes en la Federación Agraria bajo el argumento de que “tarde o temprano serán instrumentos de la burguesía contra el proletariado”, sin ver que era posible aislar y distinguir dentro de aquella organización a los sectores “terratenientes y oligárquicos”. La crítica apuntaba a la incapacidad de establecer matices y apreciaciones precisas sobre los intereses de la burguesía, lo cual implicaba una resistencia a observar sus luchas, entre ellas:

La participación de algunas capas de terratenientes en las actuales movilizaciones campesinas contra el monopolio imperialista del cereal, contra el gobierno de la traición nacional, la participación en esta misma lucha de organizaciones comerciales e industriales de todo interior del país; la lucha que llevan a cabo los ganaderos medianos y pequeños en la acción contra las restricciones y contra el monopolio de la exportación de la carne ejercidos por las empresas extranjeras […] la resistencia manifiesta de una parte de la burguesía industrial argentina contra la despiadada competencia de la industria imperialista; la enorme ola de huelgas y protestas del comercio nacional y de la pequeña industria urbana y agrícola […].[[6]](#footnote-7)

Más allá de su magnitud, la presencia de estas “resistencias” resultan clave para explicar el problema planteado, ya que dan cuenta del cambio de lectura que realizó el PC sobre la dinámica entre las clases en el país y sobre el rol del fascismo. La burguesía ya no podía ser presentada como un bloque homogéneo, y así el PC comenzó a utilizar distintos epítetos para describir sus alas “progresivas”[[7]](#footnote-8): la “burguesía liberal”, era aquella que defendía una menor injerencia del Estado asociado al estatismo totalitarista (expresado en la oposición a las juntas reguladoras de precios); la “burguesía nacional”, tenía supuestos intereses contrapuestos al imperialismo; mientras que la “burguesía democrática” refería a aquella que se oponía al régimen dictatorial y luego al fraude electoral. Estos sectores de la burguesía, a su vez, tenían sus representantes políticos y sus organizaciones, tales como el radicalismo en el caso de la “burguesía democrática”, o el senador santafesino Lisandro de La Torre como expresión de la “burguesía liberal”.[[8]](#footnote-9)

Ahora bien, si estos sectores eran considerados “progresivos” por su supuesta oposición a las restricciones a las libertades democráticas, al estatismo y al imperialismo, esto no significaba para el PC que todos los sectores restantes de la burguesía fuesen fascistas. En Argentina el predominio de los capitales extranjeros estaba concentrado en aquellos provenientes de Estados Unidos e Inglaterra, países que si bien aún no eran catalogados de “potencias democráticas” como lo serían hacia el fin de la década, tampoco eran fascistas. Entonces ¿Qué era el fascismo? ¿Por qué representaba una amenaza en Argentina que justificase establecer otro sistema de alianzas?

Si bien es difícil identificar una respuesta definitiva a esta dificultad teórica y política que se le presentaba al PC, existieron esfuerzos por teorizar aquel problema entre los que resulta representativo de la visión comunista el del entonces joven dirigente Ernesto Giudici en la revista impulsada junto a sectores “antifascistas” llamada *Contra-fascismo*. Allí Giuidici realizó una pormenorizada descripción del problema distinguiendo al fascismo del proceso de “fascistización”. Según su lectura, en tanto fenómeno universal, el fascismo era una fuerza que surgió en los países imperialistas producto de la concentración monopólica y que tendía a expandirse, primero en la burguesía y luego en las capas medias. Pero estas clases no estaban condenadas a caer bajo su influencia en tanto se neutralizase al fascismo, deteniendo su avance con la incorporación de esos sectores a la “lucha democrática” y cercenando las vías que alimentaban su desarrollo. De este modo, la lucha antifascista incluía un componente psicológico de lucha por las “conciencias”, dotando al fascismo de una existencia espectral anclada en una visión idealista sobre su naturaleza:

Por todo esto, nosotros consideramos que el fenómeno fascista no puede ser definido sino como un momento, un modo de ser, una modalidad, de la historia actual abarcada en su conjunto. Y este modo de ser, es universal y totalitario. Expresión universal de decadencia en una época de conmoción universal. […] Habrá que proceder con un método social semejante al psicoanalítico de Freud para el caso individual: buscar en la subconsciencia los elementos que perturban la claridad necesaria; buscarlos, hacerlos conscientes y desecharlos por completo. La conciencia es previa a la acción y la conciencia de la unidad es previa a la unidad.[[9]](#footnote-10)

En el caso argentino la vía de entrada del fascismo era el imperialismo, pero las condiciones para su expansión estaban dadas por la división de la burguesía nacional, la distancia entre el proletariado y las capas medias y por las tendencias totalitarias presentes en el régimen que se abrían paso entre estos sectores, como el “dirigismo económico” del gobierno de Justo, y el “idealismo” de sus intelectuales. De ahí que la concreción para definir los núcleos sobre los que se expandía el fascismo se concentrase en actores y medidas muy específicas. En el terreno económico se identificaba el estatismo de tipo “fascista” con el Plan Pinedo, la concentración económica en los Trust apañados por el Banco Central y en las Juntas Reguladoras, que perjudicaban a los productores agrarios.[[10]](#footnote-11) Políticamente los focos en donde la presencia fascista era mayor eran aquellos en los que predominaba el fraude y los sectores más reaccionarios de la Concordancia, la Provincia de Buenos Aires, la provincia de Santa Fe intervenida, la Justicia encarnada en algunos jueces particularmente hostiles al comunismo[[11]](#footnote-12), el Senado, algunos generales del Ejército y las agrupaciones nacionalistas (Legión Cívica, Acción Nacional Fascista, etc.). En el terreno cultural la amenaza emergía de organizaciones como el PEN Club, la Biblioteca Nacional bajo la gestión de Gustavo Adolfo Martínez Zuviría y la Academia de Letras, entre otras.

En referencia a la acción de estos grupos, durante el año 1935 aparecieron permanentemente en la prensa comunista referencias a conspiraciones y preparativos para un golpe militar en clave fascista que debían ser detenidos con una “acción democrática conjunta”.[[12]](#footnote-13) El PC sostenía que esta amenaza no se debía tanto a al peso de esta corriente entre las masas (para distinguirlo del fenómeno europeo, y a modo de justificar la analogía), sino en su fuerte vinculación con el fascismo internacional, identificado con el imperialismo alemán, al que se lo consideraba dispuesto a colaborar mediante sus empresas en el país, sus medios de comunicación y sus vinculaciones en América Latina.

Es decir, el fascismo pasó de estar identificado con la burguesía en general a reducirse a un núcleo muy específico dentro de la estructura social argentina. El imperialismo, por su parte, seguía siendo considerado como un enemigo a enfrentar, pero no era directamente fascista, con lo cual el énfasis en la lucha antifascista le quitaba cierto protagonismo que tendería a desaparecer hasta finalmente transformarse en un actor “aliado” hacia comienzos de la década de1940. Por su parte, la clase obrera continuaba siendo un actor principal pero no ya en función de su actividad en la lucha de clases, sino como una fuerza capaz de disputar la conciencia de los sectores medios y la burguesía para evitar que “caigan” en el fascismo. Su movilización “democrática” resultaba un factor decisivo para atraer a las capas medias y evitar su “fascistización”.

De ahí que la defensa de la “democracia” en su carácter general y no vinculada a la estructura social y de clases, pasase a convertirse en la base de la actividad comunista. El PC debía reivindicarse como parte de la “tradición democrática” que vinculaba la Revolución de Mayo, la constitución de 1853 y la Ley Sáez Peña. Vale señalar que en este periodo se fortaleció la idea respecto a que la “liberación nacional” en la historia local había ido de la mano de la conquista de nuevas libertades democráticas y que, por lo tanto, la lucha anti imperialista se podía entrelazar y fusionar con la lucha democrática. Esto a su vez afectaba su visión sobre el pasado reciente y sus “errores” para comprender esta relación:

“No supimos participar en la defensa de la ley Sáenz Peña. […] Tales errores [los cometidos durante el gobierno de Irigoyen] persistieron en los primeros pasos del gobierno de Justo. A la pregunta “¿Justo es la legalidad? ¿Es la normalidad constitucional? Respondimos que era la simple prolongación del gobierno de Uriburu. Lo real era que siendo Justo un gobierno de tipo reaccionario, no podía sin embargo, ser identificado con el de Uriburu. […]. De principios teóricos justos extraíamos conclusiones prácticas equivocadas y poníamos el signo igual entre democracia burguesa y fascismo. Las libertades democráticas existentes antes del 30 no eran completas. Pero eran una conquista indiscutible de las luchas de 120 años del pueblo argentino”.[[13]](#footnote-14)

En este sentido la política comunista combinó dificultosamente la idea de que en Argentina era necesaria una revolución anti-feudal y anti imperialista con la idea de priorizar la lucha antifascista. Al mismo tiempo que se sostenía la antigua visión etapista, se apostó a un programa político cuyo eje comenzó a ser el retorno del radicalismo al poder como garantía de los derechos constitucionales y las libertades democráticas, dejando para un futuro incierto los aspectos programáticos que estos podían rechazar. Si la defensa de la democracia consistía en un retorno al escenario previo a 1930, quedaba menos claro que la estructura social y económica heredada desde aquel entonces debiese ser transformada en lo inmediato.

A su vez, la idea de “lucha anti-imperialista” entró en abierta tensión con su apuesta por ligarse al radicalismo, más cuando este estuvo involucrado directamente en casos de corrupción favorables a empresas extranjeras como el de la concesión votada en la legislatura porteña a los servicios de electricidad brindados por la CHADE (De Privitellio, 1994). Las referencias a la estructura feudal y dependiente de Argentina se sostenían, pero el énfasis colocado en el supuesto peligro fascista local habilitó una abstracción del conjunto de las relaciones sociales en tanto quienes detentaban el poder económico y social del país no eran aquellos denunciados como los pertenecientes al núcleo fascista local.

Finalmente, vale señalar que si en el marco de la represión uriburista, a comienzos de la década de1930, la defensa de las “libertades democráticas” significó para el PC el justo reclamo contra la persecución a los líderes sindicales, el rechazo a las deportaciones, la clausura de la Sección Especial y la derogación de las leyes que habilitaban la clandestinidad de su organización, hacia 1935 el sentido de aquella consigna efectuó una profunda modificación. La defensa de las “libertades democráticas” comenzó a estar asociada directamente con la “defensa de la democracia” en términos generales y por lo tanto con el rechazo al fraude ejercido sobre el conjunto de los partidos opositores.

Este cambio se dio en simultáneo no sólo a la retórica democrática que emanaba del Frente Popular francés y el republicanismo español, sino a las propias transformaciones en la URSS. En paralelo al recrudecimiento de la represión al interior de la Unión Soviética, que fortalecía el poder de Stalin y adelantaba los Juicios de Moscú –particularmente luego del asesinato de Kírov, cuyos supuestos atacantes fueron juzgados sin derecho a la defensa- la burocracia del Kremlin apostó a presentar una faceta “democrática” con la Constitución Soviética de 1936 (Fitzpatrick, 2019). Esta eliminaba definitivamente a los Soviets en función del voto universal y obligatorio, el cual fue en los hechos una especie de plebiscito –enmarcando en una feroz persecución a cualquier voz disidente- de autoafirmación de Stalin en el poder.

En el plano local la defensa del sufragio y de la democracia implicó la reivindicación de las instituciones vinculadas a aquella idea, particularmente la Constitución Nacional. Lo cual se transformó en una vía mediante la cual el PC apostó a definir un lugar propio dentro del régimen político, dotando a su actividad de una legitimidad que le era negada por el resto de los “partidos democráticos”, particularmente la UCR y el PS, con quienes apostó a confluir políticamente hacia las elecciones de 1937.

La búsqueda por demostrar públicamente su intención de limitar su actividad política a los marcos de la constitución y el régimen burgués, se profundizó en los meses siguientes al acto del 1ero de mayo de 1936, en el cual había logrado confluir con aquellas fuerzas y la CGT en una primera demostración “unionista”. Las sucesivas presentaciones a la justicia[[14]](#footnote-15) e incluso al senado nacional[[15]](#footnote-16)en pos de obtener su legalidad, se combinaron con la apertura de locales y conferencias públicas que marcaban un contraste con la clandestinidad previa.[[16]](#footnote-17) En cada una de estas instancias el PC bregó por explicitar su nueva ubicación, como lo demuestran las presentaciones legales hechas por el abogado comunista Samuel Shmerkin en los casos de obreros perseguidos por su militancia, cuya defensa consistió, en parte, en argumentar que este era un partido democrático y que las grandes potencias democráticas aceptaban a la URSS y al comunismo.[[17]](#footnote-18) En el mismo sentido, la defensa del PC ante las campañas anti-comunistas del fresquismo o de grupos nacionalistas pasó de estar centrada en la denuncia a estas persecuciones a focalizarse en la revisión de sus intenciones:

Se presenta al Partido Comunista como enemigo de la Constitución, de la Patria, del Ejército, de la familia y del Orden. En una palabra, todo lo malo que hay sobre la tierra […] El comunismo no representa ningún peligro para la patria. No solamente porque el comunismo no es la fuerza en estos momentos decida la suerte de la política nacional, sino porque el comunismo es una fuerza positiva en el progreso del país, en la defensa del régimen democrático, […] Tampoco pretendemos mantener eternamente encendido el fuego de la lucha de clases –que la misma sociedad basada en la explotación del hombre por el hombre genera- […] Queremos la paz y la concordia en la familia argentina. Por eso nos adherimos a las soluciones democráticas que se procuraron al pleito institucional todavía en pie; por eso, también, somos partidarios de una solución democrática, libre, que sea expresión de la voluntad popular, en el problema de la futura presidencia de la República.[[18]](#footnote-19)

Este tipo de defensa llegó incluso al punto de que el Comité Central del PC publicó un enérgico repudio a fines de 1936 contra los rumores que circulaban sobre la posibilidad de que se convocase a una huelga general de carácter subversivo impulsada por los comunistas, argumentando que su organización acababa de pronunciarse “por la pacificación del país sobre la base del respeto a las instituciones democráticas” y que por lo tanto mal podría “propiciar actos de subversión institucionales”.[[19]](#footnote-20) Esta ubicación fue detectada y repudiada por los grupos trotskistas y anarquistas que vieron en ella una traición al movimiento obrero. Antonio Gallo, por ejemplo, señaló que el antifascismo del PC se limitaba a la acción legal, generando la falsa idea de poder desarmar a la Legión Cívica sin una acción coordinada del proletariado: “De los ruegos de Repetto pidiendo un decreto en ese sentido a estas posiciones, no hay más diferencia que los horrores gramaticales de estos últimos”.[[20]](#footnote-21) Por su parte el periódico ácrata *La Protesta*, señalaba que el acto del 1ero de mayo demostraba lo inofensiva de aquella coalición, pues se preguntaba: “¿Cómo es que si representa tanta fuerza el gobierno les permitió y hasta cooperó con ellos en la realización de ese acto, mientras que a nosotros que somos muchos miles menos no nos permiten ni reunirnos ni realizar acto alguno?”.[[21]](#footnote-22)

Empero estos esfuerzos, hacia fines de 1936 la coyuntura electoral fue reforzando las tendencias de socialistas y radicales a priorizar sus objetivos específicos, descartando la posibilidad de una confluencia hacia las elecciones presidenciales de 1937 y generando nuevas tensiones y obstáculos para la política comunista.

No obstante, ya en aquel momento el PC había sellado un viraje que tendría largo aliento en su acción política. Durante los primeros meses tras la aplicación de su política frentista pasó de un rechazo e impugnación al conjunto del régimen político e institucional por considerarlo burgués, a hacer esfuerzos y concesiones explicitas por estar integrado en el mismo. Los comunistas buscaron alejarse de la imagen de un partido clandestino, minoritario, excluido y vinculado a la acción directa del proletariado, para presentar públicamente la idea de una organización respetuosa de la Constitución Nacional, de la patria, de la democracia burguesa y de sus instituciones. Los signos de radicalidad política fueron censurados en pos de demostraciones sobre lo legítimo de sus intenciones, ante la sospecha del resto del espectro político sobre la fugacidad de sus definiciones. Así, su perspectiva de integrarse como un actor político en los marcos del régimen establecido sellaría su acción durante toda la etapa frentista adoptando distintas modulaciones en función de los vaivenes de la realidad política nacional e internacional.

**3. Palabras finales**

Si bien el giro frentista del PC estuvo motivado explícitamente por la política exterior del Kremlin, su fisonomía, sus rasgos específicos y su aplicación concreta por parte del comunismo vernáculo, estuvo atravesada y condicionada por los rasgos específicos de la realidad local. El tejido social en el que este viraje se desarrolló, coadyuvó tensiones, contradicciones y conflictos específicos en el pasaje entre la “adopción de la línea” y su implementación concreta. Sin dejar de responder sumisamente a los dictámenes de la IC, el PC local debió interpretar qué elementos de la realidad local se asimilaban o no a la disputa que ordenaba la nueva etapa del comunismo internacional entre “fascismo y democracia”.

Las primeras dificultades en este sentido aparecieron al momento de identificar al fascismo, un fenómeno que respondía a las características de la geopolítica europea, con el contexto latinoamericano y la idea, que continuó en el tiempo, de realizar una revolución por etapas, cuya primera fase fuese anti imperialista y democrática. En un país en el que predominaban los capitales británicos y estadounidenses, el fascismo comenzó a estar identificado no con el imperialismo sino con determinados núcleos de las clases dominantes, sus intelectuales y sus instituciones, lo cual supuso una confusa compaginación entre ambos elementos. La idea de que existían sectores burgueses “progresivos”, incluso aquellos vinculados por diversos lazos con el imperialismo, acrecentó estas contradicciones, que en los hechos se disiparon colocando en un plano secundario la idea de “lucha anti imperialista” y privilegiando las consignas centradas en la “lucha democrática” por sobre aquellas que cuestionaban la estructura social y económica del capitalismo argentino.

El PC fue articulando a partir de allí una nueva ubicación en el escenario político local, tendiente a presentarse como un actor dispuesto a actuar en los marcos de la legalidad constitucional y el régimen burgués. Esto implicó despejar las sospechas respecto a que su influencia en el movimiento obrero fuese puesta en función de actos insurreccionales o que atacasen el orden capitalista. Esta concepción sellaría los márgenes de su acción política en los años posteriores.

**4. Bibliografía**

Anderson, P. (1984). “La historia de los partidos comunistas”, en Samuel, R. (ed.).*Historia popular y teoría socialista,*pp. 150-165. Barcelona, Crítica,

Broué, P. (2007).*Historia del Partido Bolchevique*. Buenos Aires, Ediciones Alternativa.

Camarero, H. (2007).*A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires, Siglo XXI

Camarero, H. (2011). El tercer período de la Comintern en versión criolla. Avatares de una orientación combativa y sectaria del Partido Comunista hacia el movimiento obrero argentino. En*A Contracorriente*, pp. 203-232, vol. 8, n.° 3,

Camarero, H. y Ceruso, D. (2020).*Comunismo y clase obrera hasta los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Eudem-GEU.

Cattaruza, A. (2008). Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (1925-1950). En A *contracorriente,*pp. 169-195, vol. 5, nro. 2,

Claudín, F. (1970).*La crisis del movimiento comunista. De la Komintern a la Kominform*. París, Ruedo Ibérico.

Crespo, H. (2007). Para una historiografía del comunismo: algunas observaciones de método. En Concheiro, E., Modonesi, M. y Crespo, H. (coords.).*El comunismo: otras miradas desde América Latina*, pp. 69-92. México D.F., UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

De Felice, F. (1984). Introducción. En *Fascismo, democracia y frente popular. VII Congreso de la Internacional Comunista*. Buenos Aires, Pasado y Presente.

De Privitellio, L. (1994) ¿Quién habla por la ciudad? La política porteña y el affaire CHADE. 1932-1936. En Entrepasados, p.49-64, 6.

Devoto, F. (2002).*Nacionalismo, fascismo, tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Fitzpatrick, S. (2019).*La vida cotidiana durante el estalinismo. Cómo vivía y sobrevivía la gente común en la Rusia soviética*. Buenos Aires, Siglo XXI

Hájek, M. (1984).*Historia de la Tercera Internacional. La política de frente único (1921-1935).* Barcelona, Crítica

Hobsbawm, E. (2000).*Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*. Barcelona, Crítica

Iñigo Carrera, N. (2000).*La estrategia de la clase obrera*, *1936*. Buenos Aires, La Rosa Blindada-PIMSA.

Klein, M. (2002). The LegiónCívica Argentina and the Radicalization of Argentine Nacionalismo during the Década Infame.En*Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, pp. 13-2, Tel Aviv.

Korol, J. (2000). La economía. En Cattaruzza, A. (Dir.).*Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política*,pp. 17-48. Nueva Historia Argentina Vol. VII, Buenos Aires, sudamericana.

Kriegel, A. (1968) Le Parti Communiste Français sous la IIIe République (1920-1939) : mouvement des effectifs et structures d’organisation. En *Le pain et les roses. Jalons pour une histoire des socialismes*, pp. 175-233, Paris, PUF.

López, I. (2016). Un Frente Nacional en tiempo de crisis: la Concordancia y el ocaso de la política de los viejos acuerdos. En Losada, L. (comp.) *Política y vida pública. Argentina (1930-1943)*, pp. 19-34. Buenos Aires, Imago Mundi.

Lvovich, D. (2003). *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones B.

McGee Deutsch, S. (2003). *Contrarrevolución en la Argentina, 1900 -1932. La Liga Patriótica Argentina*. Bernal, UNQUI

Moreno, H. (1973). El Frente Popular en Francia. En *Historia del Movimiento Obrero*, Nro. 56, Centro Editor de América Latina.

Pasolini, R. (2016). Comunismo y cultura política comunista: el momento antifascista. En Losada, L. (comp.) *Política y vida pública. Argentina (1930-1943)*. Buenos Aires, Imago Mundi.

Persello, A. (2004).*El Partido Radical. Gobierno y oposición, 1916-1943*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Luna, F. (2012).*Alvear*. Buenos Aires, sudamericana.

Pla, A. (1969). La crisis social: de la restauración oligárquica a la argentina de masas. En AA.VV, *La década infame*, Colección Los Porqués, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor.

Potash, R. (1981).*El ejército y la política en la Argentina 1928-1945. De Yrigoyen a Perón,* Buenos Aires, Sudamericana.

Ramos, J. A. (1962).*El partido comunista en la política argentina*. Buenos Aires, Coyoacán.

Rouquié, A. (1985).*Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires, Emecé

Schelchkov, A. (2018). El difícil cambio hacia el Frente Popular: la Tercera Conferencia de Partidos Comunistas Latinoamericanos en Moscú (1934). En *Izquierdas*, pp. 1-22, nro. 43.

Tato, M. (2004). *Viento de fronda: liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*. Buenos Aires, Siglo XXI

Traverso, E. (2009).*A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945.* Buenos Aires, Prometeo.

Trotsky, L. (2013).*A dónde va Francia?* Buenos Aires, Ediciones IPS.

Varone, D. (1989).*La memoria obrera. Testimonios de un militante*. Buenos Aires, La Rosa Blindada.

1. Resulta paradigmático de estas interpretaciones: (Ramos, 1962). [↑](#footnote-ref-2)
2. Resultan un valioso testimonio de esta realidad las memorias de algunos militantes obreros y de izquierda de aquel entonces. Entre otros, vale destacar el derrotero de Domingo Varone (1989) en aquellos años. [↑](#footnote-ref-3)
3. Estas concepciones se pueden rastrear en las publicaciones de la IC en torno al VII Congreso y sus resoluciones, expresadas localmente en la revista comunista *Nuestra Revista*, que traducía artículos de Dimitrov, Stalin y otros dirigentes de aquel organismo sobre estos temas. [↑](#footnote-ref-4)
4. “Enseñanza de las elecciones”, *La Internacional*, 13/4/1935; “El primero de Mayo bajo el signo de la unidad de acción”, *La Internacional*, 1/5/1935; “Nuestra adhesión al mitin de la plaza once”, *La Internacional*, 17/8/1935. [↑](#footnote-ref-5)
5. “Programa del Partido Comunista ante las elecciones de senador nacional”, Folleto, 1935. [↑](#footnote-ref-6)
6. “La lucha contra el imperialismo y la reacción en Argentina”, *1936 Revista*, junio de 1936. [↑](#footnote-ref-7)
7. “Todo por unir, nada para dividir”, *Hoy*, 17/9/1936. [↑](#footnote-ref-8)
8. “La reacción fascista se extiende en América y Argentina”, *Contra-fascismo*, enero-febrero de 1937; “Fascismo y fenómeno fascista universal”, *Contra-fascismo*, 25/4/1936. [↑](#footnote-ref-9)
9. “Fascismo y fenómeno fascista universal”, *Contra-fascismo*, 25/4/1936. [↑](#footnote-ref-10)
10. “¡Alerta! ¡La reacción marchará el 13 de octubre sobre la Capital Federal!, *La Internacional*, Segunda quincena de septiembre de 1935. [↑](#footnote-ref-11)
11. “Bajo la mirada complaciente de Jantus”, *La Internacional*, Segunda quincena de septiembre de 1935. [↑](#footnote-ref-12)
12. “El enemigo público Nro. 1: El uriburismo”, *La Internacional*, primera quincena diciembre de 1935. [↑](#footnote-ref-13)
13. “El Partido Comunista en la lucha por la democracia y la Unión Nacional”, *Informe presentado al IX Congreso del PCA*, 10/1/1938. [↑](#footnote-ref-14)
14. “Somos un Partido de Orden”, *Hoy*, 17/9/1936. [↑](#footnote-ref-15)
15. “La corte suprema y la presentación del partido comunista”, *La Internacional*, 1/5/1935. [↑](#footnote-ref-16)
16. “Las tres convenciones provinciales”, *La Internacional*, 17/8/1935. [↑](#footnote-ref-17)
17. “Cantor Antonio, Habeas Corpus. Juzgado por el crimen del Dr. Carlos P. Goyena”, Caja 1, Carpeta 30, Fondo Samuel Shmerkin, Cedinci. [↑](#footnote-ref-18)
18. “El peligro que amenaza al país”, *La Internacional*, 3/9/1936. [↑](#footnote-ref-19)
19. “Desvirtúa rumores sobre huelga general el Comité Central del Partido Comunista”, *La Internacional*, 3/9/1936. [↑](#footnote-ref-20)
20. Gallo, Antonio (1935), *A dónde va la Argentina…* Óp. Cit. pp. 43-44. [↑](#footnote-ref-21)
21. “Un 1ero de mayo doloroso”, *La Protesta*, junio de 1936 [↑](#footnote-ref-22)